

ALGUNAS REFLEXIONES METODOLÓGICAS SOBRE LA TEOLOGÍA Y, EN PARTICULAR, LA TEOLOGÍA DE LA VR.

Magdalena de Bingen

Punto de partida: la observación

El punto de partida es la observación de lo que sucede entre una realidad y la reflexión sobre la misma. Concretamente, la observación de la evolución en la relación entre realidad y reflexión teológica que ha tenido lugar a lo largo de los últimos 40 años. No deseo simplificar lo complejo. Es necesario, sin embargo, centrar la reflexión, con cierta simplicidad, en algunos hechos llamativos. Cuando la Vida Religiosa apostólica se encontraba en momentos de vida, es decir, de cambio, esa misma vida pedía una reflexión. Eran los tiempos del Vaticano II o, mejor, del postconcilio. Los tiempos en los que se crearon categorías y se cambiaron las ya existentes, que no podían dar cuenta de la abundancia de vida que brotaba por todas partes. La teología, en general, se encontraba en fase de recreación, impulsada en buena medida por los estudios bíblicos y las corrientes hermenéuticas del momento. Fueron tiempos de abundancia y fértil fecundidad.

A la par, la teología que los teólogos (entonces todos varones) iban haciendo y escribiendo era una teología viva que iluminaba la vida, que pedía aplicaciones concretas y estimulaba a otros escritores a que estudiaran esos textos teológicos con la mira puesta en la práctica concreta. Era una teología hecha y escrita al hilo de la realidad, por lo tanto, contextualizada. Desde luego, era una teología de cuño patriarcal, como todas las teologías hasta ese momento, pues la teología feminista estaba recién nacida y se ocupaba, sobre todo, de la Biblia y de establecer diálogo con la teoría feminista. Esto no llegaba al grueso de la Vida Religiosa apostólica. Por supuesto, los hombres no sabían nada de ello y, si lo sabían, no se daban por enterados, pero tampoco las mujeres estaban informadas ni interesadas. Eso llegó un poco después. Lo visible era que las órdenes y congregaciones religiosas, que se sentían vivas, en proceso de cambio, en medio de los conflictos y las perplejidades que conlleva la abundancia de vida, demandaban acceso a la teología y estudiaban los textos, en ámbitos académicos o extraacadémicos. Casi en su totalidad, programaron cursos intensivos y ofrecieron –y, con frecuencia, prescribieron– a sus miembros la asistencia a ellos. Eso duró casi dos décadas, lo que duró esa ola de cambio portadora de abundancia de vida.

La ola pasó. El análisis del porqué es tema para otra reflexión, pero cuando esa ola de cambio fue sustituida por otra, el pensamiento o, mejor dicho, nuestra forma de pensar y de conocer, nuestros esquemas cognitivos no fueron capaces de renovarse, de identificar la vida en otras coordenadas y otras categorías. La abundancia de las décadas pasadas dio origen a la crisis de una de las categorías del pensar: la crisis debida a la persistencia de la cantidad y de la cuantificación. Puesto que el número de miembros de

la Vida Religiosa había disminuido y la tendencia al descenso no cesaba, el pensamiento dedujo, equivocadamente, que también disminuía la vitalidad, la abundancia de vida. Puesto que la realidad y nuestras creencias sobre ella andan estrechamente unidas y no solamente interfieren entre sí, sino que se condicionan mutuamente, la realidad vital comenzó a quedar afectada por las creencias sobre su propia vitalidad. A partir de aquí, comenzaron a incluirse las ideas de muerte, desaparición, falta de fuerzas y, lo que es peor, falta de sentido. La teología de la VR que se había creado en un contexto de vida fue perdiendo vigencia a medida que el contexto desaparecía y/o se iba modificando. Algunas categorías quedaron convertidas en doctrina y, por ello, petrificadas. Lentamente, asistimos a una devaluación de esta reflexión teológica, a un progresivo empobrecimiento de la misma y a su casi desaparición. La carencia de vitalidad trajo consigo la carencia de reflexión, de teología. Lo más preocupante es que al persistir la relación causa-efecto entre cantidad y vitalidad, las dudas, los cambios, los problemas, los conflictos... no han sido ni son examinados, no incitan a la reflexión, no piden teorías. Solo se buscan diagnósticos. Se apela a esas categorías que han dejado de ser teológicas, o teóricas, para convertirse en doctrina, y son ellas, las doctrinas, las que supuestamente dan sentido.

El peligro es enorme. Esas doctrinas son mortales. Ya están muertas, de hecho, pues no valen para hoy y, además, parecen interesadas en informar de que no hay nada que hacer, porque la categoría de la cantidad indica (según sus medidas) que no hay vida, y si no hay vida, la muerte es inminente y lo más que puede hacerse es prepararse a morir con dignidad. Es peligroso medir la vida en términos básicamente cuantitativos. La evolución hacia la calidad no se ajusta a esta medida. Cuando las doctrinas informan sobre una muerte anunciada, en lugar de hablar en términos de cambio, transformación, mutación; cuando estas doctrinas aparentemente evidentes generan la creencia de que predomina la muerte sobre la vida, los resultados son, en efecto, mortales. La mayoría de la VR no ha observado críticamente esta estrategia, ni sus pensadores y pensadoras han generado pensamiento de choque contra la doctrina de muerte. Y eso se nota. Los cambios, fusiones de congregaciones, de provincias dentro de una misma congregación. El cierre de conventos y monasterios en la vida monástica y conventual. Todo esto se realiza y se entiende en términos de muerte, una evidencia basada supuestamente en números, en los datos cuantitativos. La VR apostólica y la contemplativa se encuentran dentro de una categoría que atraviesa todas las ciencias y la percepción de la realidad sin hacerse preguntas, sin considerarse una instancia crítica, sin mirar la realidad con los ojos del espíritu profético que sigue latiendo en su interior. Estamos ante una estrategia que tiene consecuencias. Es bueno saberlo. Puede generar preguntas.

Si no hay vida, no hay reflexión, no hay teoría, no hay teología. Si no hay vida, tampoco hay interés por reflexionar sobre la muerte, algo que, simplemente, tiene que sobrevenir. De esta manera, también acaban separadas cognitivamente vida y muerte, muerte y vida, realidades que de por sí son inseparables. Si no hay teología, teoría ni reflexión, no hay vida. Ambas dimensiones de la realidad no se pueden separar. Es como intentar separar mente y cuerpo. Como intentar desunirlos, aislarlos entre sí y que

cada aspecto del todo o del conjunto se ocupe solo y exclusivamente de sí mismo. Cuando esto ocurre, el empobrecimiento alcanza cotas impensables. Y el empobrecimiento sí conduce a la muerte, y no a cualquier muerte, sino a una muerte inútil, resignada, privada de sentido o, en todo caso, con un sentido alimentado solo y exclusivamente del pasado.

Los “padres” de los sistemas teológicos del pasado han dejado su huella marcando el pensamiento como “pensamiento fuerte”, y sus seguidores y seguidoras, que todavía los hay, siguen acudiendo a él, como si de verdad pudiera alimentar. Pero el alimento de una niña no equivale al de una joven o una adulta. O al revés. No se puede extrapolar un pensamiento contextualizado. No se puede traspasar alegremente ni a otras culturas ni a otras épocas. Que no se pueda extrapolar no quiere decir que no pueda iluminar. Por supuesto, el pasado siempre es una fuente de luz, se tome como se tome. Encierra valor. Lo valioso, que también se encuentra dentro de un sistema de pensamiento, dentro de un sistema teológico, es como la pepita de oro, que debe ser extraída y descontextualizada, para recontextualizarse, probablemente, después de haber sido fundida. El oro es el mismo, la sustancia permanece, pero todo lo demás cambia. Cambia inevitablemente y cambia para bien. Solo fundida la pepita de oro puede ser oro con forma, dentro de un contexto, tratada con su valor apropiado, o tratada como el material noble que es.

Conclusión. La observación de la realidad me lleva a concluir que la falta de vitalidad y las creencias de la misma VR sobre sí misma, su presente y su futuro, están estrechamente relacionadas con la pobreza teológica, con la repetición de esquemas y categorías que no sirven porque no están contextualizadas, con la petrificación de ideas obsoletas sobre los supuestos pilares teológicos en los que se encuentra anclada y con la dificultad para transmitir cuanto de verdad y de valor contiene todavía. Esta misma observación me lleva a concluir que la pobreza de la teología de la VR, su rancio vocabulario, sus conceptos descontextualizados inciden negativamente en la realidad cotidiana, porque todo está interrelacionado. Es como la pescadilla que se muerde la cola. Un círculo vicioso.

La teología: ¿doctrina o teoría?

Una vez descrito el punto de partida; una vez situada la reflexión en esa palanca que es la realidad, observada desde un determinado lugar, desde la crítica al predominio de lo cuantitativo utilizado como coartada para confundir y generar esa supuesta “muerte anunciada”, creo que podemos plantearnos otras cuestiones y, levantar otro edificio, empezando por reflexionar sobre la misma teología. No me voy a referir a lo que quiere decir, sino a una disyuntiva importante que va a condicionar el resto de la reflexión. ¿Es la teología una teoría o una doctrina? Aunque antes he respondido implícitamente a esta pregunta, ahora quiero detenerme más ampliamente en ella.

Metodológicamente hablando, la teología entra en la categoría epistemológica de *teoría*. Sin embargo, cuando descendemos a los desarrollos teológicos concretos, lo que se descubre es que, en lugar de teoría, la teología es un desarrollo de una o varias doctrinas. La prueba es su dificultad para renovarse y para ser, ella misma, innovadora o generadora de cambio. La teoría es contextualizada y, por ello, es relativa, aunque algunos de sus contenidos resistan la prueba del tiempo y de las culturas o espacios. Estos contenidos permanentes, que suelen apelar a lo antropológico (en cuyo seno se encuentra la categoría de lo sagrado), no impiden la relatividad de la teoría. Una teoría es un sistema de pensamiento que encierra su propia coherencia y ayuda a comprender algo y situarlo, y por ello ayuda a vivir. Si estamos de acuerdo, la teoría es un entramado vivo y, como todo lo que es vivo, está sujeto a los cambios, la evolución o la regresión, el crecimiento y la muerte, para volver de nuevo a la vida. Las teorías, como es obvio, suelen morir. Algunas mueren del todo y la mayoría de ellas renacen, pero a partir de procesos de transformación que implican la muerte previa. Las teorías no solo han de ser confirmadas, no solo son validadas, rechazadas y olvidadas, sino que conviven con el contexto en el que nacieron y se encuentran en diálogo, más o menos explícito, con ese contexto. Edgar Morin¹ dice que las teorías, como realidades vivas, han de ser también “biodegradables”. Gracias a esta cualidad, son ellas mismas transformables y no sólo transformadoras. Y lo que permite la *biodegradabilidad* es su capacidad autorreflexiva y autocrítica.

Por estas razones, se comprenderá mi dificultad para considerar la teología, tal y como la conocemos, como teoría, y mi facilidad, por el contrario, para entenderla como doctrina.

Otra razón más por la que considero que la teología se aleja de la condición de toda teoría es el presupuesto de racionalidad que acompaña a cualquier sistema teórico. Me da por pensar que la teología –y tengo que precisar que me refiero a los desarrollos teológicos de los hombres marcados por el androcentrismo y plenamente insertos en el patriarcado– no es tan racional como ella misma se piensa, sino racionalizadora. Ha confundido la racionalidad con la racionalización. La racionalidad habla de la mente, pero la mente, o el espíritu (si queremos llamarlo así), no excluye, sino que más bien incluye las emociones, las creencias, los sentimientos, la realidad propia de quien piensa y la de quienes son destinatarios del pensamiento racional. La racionalidad es razón poética (María Zambrano) e inteligencia sentiente (Xavier Zubiri), por decirlo con palabras de nuestras pensadoras y pensadores. Es decir, la racionalidad implica lo cognitivo en lo emotivo, y predica lo emotivo de lo cognitivo.

Es posible que mi análisis sea reduccionista, pues no se puede aplicar evaluativamente el mismo raso a todos los desarrollos teológicos. No es lo mismo la teología llamada clásica, que la teología de la liberación, la contextual o la postcolonial. Por supuesto, no es lo mismo la teología feminista, de la que me ocuparé más adelante.

¹ Edgar MORIN. *La Vía. Para el futuro de la humanidad*. Madrid: Paidós, 2011.

En este momento de planteamiento global, puesta a ser crítica, tengo que decir que la teología de la liberación, que podemos clasificar de más teórica que doctrinal, en relación con otras, tiene de doctrina el sesgo machista, que mira el mundo, los contextos y la realidad desde la lente reductiva de los hombres y con sus categorías. En este sentido, es indudable que su intento teórico, si pretende ser vitalizador, debe ser reconducido al incluir a las mujeres. Eso es lo que ha hecho una parte de la teología feminista.

Conclusión: la teología más conocida, exceptuando la teología feminista, es más doctrina que teoría. La Vida Religiosa, en sus diferentes modalidades (monástica, conventual, apostólica, secular...). La Vida Religiosa necesita recurrir en este momento una teología que sea teoría. Si no la hay, es hora de que la misma VR vuelva a generarla, como hiciera después del Vaticano II. Mi pregunta, intentado comparar nuestro contexto con aquel, es si hemos de esperar a que haya vida para generar teoría, o si hemos de generar teoría para que haya vida. Quien haya estudiado el contexto del Vaticano II se encontrará en dificultades para decidir cuál de las dos se produjo antes. Como ahora. Se influyen mutuamente. Y, de todos modos, ningún contexto se repite en la historia, por muchas que sean las semejanzas entre algunos.